

**OR
CAM**

**ORQUESTA Y
CORO DE LA
COMUNIDAD
DE MADRID**



19

Sebastián Iradier

Sebastián Iradier



Diseño: Alberto Corazón



SEBASTIÁN IRADIER

“Si a tu ventana llega una paloma...”.

Ramón Regidor Arribas

BIOGRAFÍA

Realizar una biografía pormenorizada de Iradier es tarea harto difícil por la falta de numerosos datos sobre su vida. Baltasar Saldoni, colega suyo en tareas docentes, ya lo intentó inútilmente, como demuestra en su diccionario biográfico-bibliográfico de efemérides de músicos españoles, cuando comenta sobre él: “autor muy conocido en el mundo filarmónico por sus canciones populares. Estuvo algunos años de maestro de solfeo para el canto en nuestro Conservatorio, y por más que le pedimos sus apuntes biográficos, jamás nos los negó, pero lo cierto es que falleció sin habérmolos dado”.

Sebastián Iradier y Salaverri nace en Lanciego (Álava) el 20 de enero de 1809. Estudia piano y órgano en Vitoria, y con dieciséis años, entre abril de 1825 y junio de

1827, es organista de la iglesia de San Miguel Arcángel de Vitoria. En 1827 oposita y gana la plaza de organista y sacristán mayor para la parroquia de San Juan Bautista de Salvatierra, con nombramiento de 5 de junio. En 1829 contrae matrimonio con Brígida de Iturburu en Salvatierra, que le dará un hijo, Pablo. Aparte de sus obligaciones musicales religiosas, siente gran afición por las canciones populares, que estaban de moda en los salones privados de la alta burguesía vasca, y disfruta interpretando al órgano y a la guitarra cachuchas, boleros, seguidillas y tiranas. En 1833 se le concede licencia para perfeccionarse en Madrid en estudios de composición durante cuatro meses, que se convertirían en años, en los que faltaría a sus obligaciones de organista, puesto que cubriría interinamente su amigo y discípulo Antonio Ruiz de Landazábal.

A partir de su llegada a Madrid desarrollará una actividad frenética y una gran habilidad para introducirse en los círculos aristocráticos y relacionarse con importantes figuras de las letras, de la música y de la política. Parece ser que estudia composición con Baltasar Saldoni. Entre 1835 y 1840 ha logrado gran prestigio y popularidad en la capital de España. Era socio de la sección de música del Liceo Artístico y Literario, en cuya institución llegaría a ocupar el puesto de socio de mérito en la clase de maestro compositor y consiliario, fue vicedirector de la Academia Filarmónica Matritense,

era catedrático de armonía y composición del Instituto Español, profesor del Colegio Universal de Madrid y socio de honor de la Academia Filarmónica de Bayona. Entre 1839 y 1850 será primer maestro de solfeo para el canto en el Real Conservatorio de Música de Madrid. También impartía clases particulares de canto, y a los alumnos que carecían de recursos económicos les enviaba a estudiar al Conservatorio.

En 1840 vuelve a Salvatierra para reclamar su sueldo de organista, a lo que el Cabildo se negará en un principio. Regresa a Madrid y en julio del mismo año renuncia a este puesto. En septiembre retorna a Salvatierra para cobrar los atrasos, que al fin le ha concedido el Cabildo, y forma parte del tribunal, que otorga la plaza vacante dejada por él a su amigo y discípulo Antonio Ruiz de Landazábal.

Su gran habilidad para las relaciones públicas le permite introducirse en los salones de la más alta aristocracia de Madrid, como los de la duquesa de Villahermosa, la marquesa de Campo Alange, la marquesa de Perales, la marquesa de Legarda, la marquesa de Castellanos, los marqueses de Ayerbe y la condesa de Montijo, cuyas hijas Francisca, futura duquesa de Alba, y Eugenia, futura emperatriz de Francia, serán alumnas suyas. Conocerá a políticos como Narváez y González Bravo, a escritores extranjeros como Próspero Mérimée, gran amigo y confidente de la condesa viuda

de Montijo, a famosos literatos españoles como Espronceda, Zorrilla, García Gutiérrez, Príncipe, Fernández de los Ríos, Campoamor y Gutiérrez de Alba, tendrá amistad con músicos españoles como Carnicer, Saldoni, Espín y Guillén y Soriano Fuertes, y alguna relación con músicos extranjeros a su paso por España, como Liszt y Glinka. Mantiene una estrecha colaboración con Agustín Azcona y con Tomás Rodríguez Rubí, archivero de la casa de Montijo, poeta, dramaturgo, periodista y político, figura sobresaliente de aquella época, que llegaría a ser ministro de Ultramar.

Durante su etapa madrileña inicia una actividad musical imparable, componiendo obras para bailes de máscaras (vales, algunos coreados, polkas, rigodones...), que le darán gran celebridad, realiza alguna incursión en la zarzuela, pero sobre todo comienza a producir canciones, que marcarán definitivamente su trayectoria en el mundo de la música y que le proporcionarán la fama. En 1840 aparece publicada por el *Album Filarmónico* su primera colección de canciones nuevas españolas con acompañamiento de piano-forte, con textos de Peral, Campoamor, Príncipe, Satorres y García Gutiérrez. Su instinto mercantil le impulsará a abrir más adelante un almacén de venta de música y pianos, en la calle del Príncipe nº16, y una litografía e imprenta en la calle de Peligros nº 16, que le permitirán imprimir y vender sus propias obras. Parece ser que el almacén de música estuvo abierto

entre 1850 y 1863. En 1847 participaba en un círculo musical dirigido por Espín y Guillén, en el que colaboraba a veces como cantante junto a José Cagigal. En Madrid contrae nuevo matrimonio, del que nacerá una hija.

Podemos definir la década de los años cincuenta como su etapa viajera y también como bastante confusa en datos sobre su vida. En 1850 viaja a París, y con el apoyo de Pauline Viardot consigue introducirse en los círculos musicales parisinos. Conocerá a Rossini y se relacionará con cantantes y bailarinas célebres, que interpretarán sus canciones y le proporcionarán cierta fama. Aumentan las peticiones de nuevas obras para canto y para danza, y su música, reflejo del pintoresquismo español de moda entonces, se pasea por los salones de la capital francesa con gran éxito. En 1853 vuelve a Madrid para el estreno de su loa, *La perla del Genil*, dedicada a Eugenia de Montijo, reciente emperatriz de Francia por su matrimonio con Napoleón III. En 1855 está de nuevo en París, con domicilio en la *rue Breda*, n° 30. En 1857 inicia una gira con la célebre contralto Marieta Alboni por Estados Unidos, México y Cuba, que comprendía Nueva York, Boston, Filadelfia, Nueva Orleans, México y La Habana, dando a conocer sus canciones y encontrando la inspiración criolla para algunas nuevas. En Nueva York participa en conciertos privados de la alta burguesía. De regreso a Europa se detiene en Londres, donde su amigo, el famoso barítono Ron-

coni, le introducirá en los salones de la aristocracia británica. Finalmente volverá a París. Día a día aumenta su celebridad, hace valer el mérito de haber sido maestro de canto de la emperatriz Eugenia, sus canciones se interpretan por doquier y por los cantantes más renombrados, y en años venideros serán publicadas muchas de ellas por prestigiosas editoriales extranjeras y por la suya de Madrid.

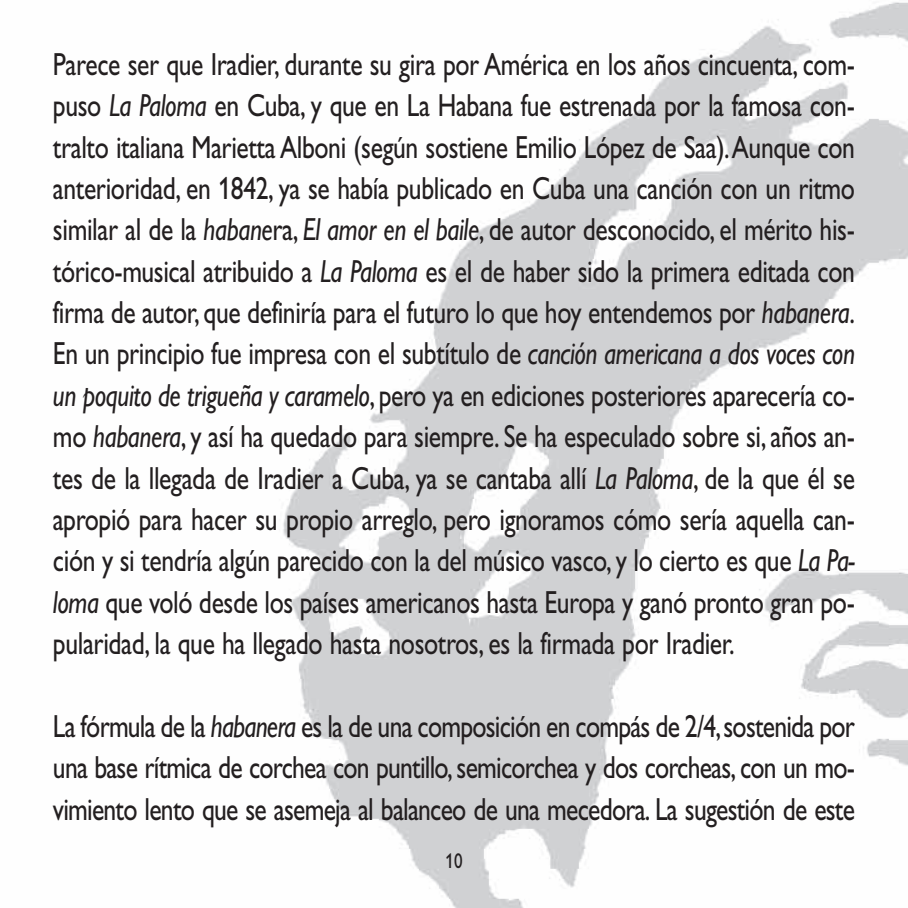
La última etapa de su existencia es la más oscura, no sólo por la falta de noticias sobre su vida, sino también por una enfermedad que al parecer le afectó a la vista en París y que le indujo a regresar a España. Tal vez también su brillo se había oscurecido. Al final volvería a Vitoria. Desde allí se acercaría alguna vez a Salvatierra, donde era muy recordado y donde era agasajado por su antiguo discípulo y sucesor en su puesto de organista, Antonio Ruiz de Landazábal. Fallecería en Vitoria el 6 de diciembre de 1865.

¿Cómo era Sebastián Iradier, el hombre? Por las referencias que de él conocemos, parece ser que tenía fama de liberal y vividor, de espíritu aventurero, algo donjuán, atildado, no en vano le llamaban el *dandi vasco*, muy simpático, con gran habilidad para las relaciones públicas, que aprovechaba para arrimarse a la sombra de los árboles más frondosos, tanto del arte y de la cultura, como de las altas esferas sociales,

oportunista, con buen instinto comercial para explotar su producción y quizás un poco figurón para dar la impresión de valer más de lo que realmente valía. No debía de merecerle respeto a Barbieri, ni como persona ni como músico, cuando escribió tan duramente sobre él: “Muerto en 1865. Fue autor, plagario y editor de canciones españolas que cantaba (dicen) con gracia. Hombre de gran historia y de poca vergüenza”. (i).

LA PALOMA

Resulta curioso cómo Iradier, que tanta fama y éxitos cosechó en su época, dentro y fuera de España, por las numerosísimas canciones que compuso y cantaron grandes artistas, sea hoy solamente recordado gracias a una de ellas: *La Paloma*. Por lo demás, Iradier es un perfecto desconocido, incluso para la inmensa mayoría de los profesionales de la música. ¿Cuántos saben que la celeberrima *habanera* de Carmen (1875) no es sino una traslación con ligeras variantes de otra *habanera* de Iradier, titulada *El arreglito*, estrenada en París en 1863 por Mila Trebelli en el Teatro Imperial Italiano, con extraordinario éxito, y publicada al año siguiente dentro de una colección de canciones del autor español? La copia de Bizet es conocida y tatareada por todo el mundo, y se ha ganado la inmortalidad, pero ¿quién conoce el original de Iradier?



Parece ser que Iradier, durante su gira por América en los años cincuenta, compuso *La Paloma* en Cuba, y que en La Habana fue estrenada por la famosa contralto italiana Marietta Alboni (según sostiene Emilio López de Saa). Aunque con anterioridad, en 1842, ya se había publicado en Cuba una canción con un ritmo similar al de la *habanera*, *El amor en el baile*, de autor desconocido, el mérito histórico-musical atribuido a *La Paloma* es el de haber sido la primera editada con firma de autor, que definiría para el futuro lo que hoy entendemos por *habanera*. En un principio fue impresa con el subtítulo de *canción americana a dos voces con un poquito de trigueña y caramelo*, pero ya en ediciones posteriores aparecería como *habanera*, y así ha quedado para siempre. Se ha especulado sobre si, años antes de la llegada de Iradier a Cuba, ya se cantaba allí *La Paloma*, de la que él se apropió para hacer su propio arreglo, pero ignoramos cómo sería aquella canción y si tendría algún parecido con la del músico vasco, y lo cierto es que *La Paloma* que voló desde los países americanos hasta Europa y ganó pronto gran popularidad, la que ha llegado hasta nosotros, es la firmada por Iradier.

La fórmula de la *habanera* es la de una composición en compás de 2/4, sostenida por una base rítmica de corchea con puntillo, semicorchea y dos corcheas, con un movimiento lento que se asemeja al balanceo de una mecedora. La sugestión de este

ritmo afectó a todos los compositores de zarzuela de la segunda mitad del siglo XIX y del XX, que no pudieron resistirse a la tentación de incluirlo en sus obras, a sabiendas de que los oyentes lo recibirían siempre con placer y lo recompensarían con el aplauso. Pero también los creadores de *música culta* han sucumbido al embrujo de la *habanera* y le han dedicado obras. En España podemos citar, entre otros, a Albéniz, Granados, Falla, E. Halffter, Montsalvatge, etc., y en Francia a Saint-Saëns, Chabrier, Laló, Debussy, Ravel, Laparra, etc. Su similitud rítmica con el *tango* ha provocado que, a veces, se haya utilizado esta denominación para composiciones que muy bien podrían haberse llamado *habaneras*.

La Paloma está también asociada a una desgraciada historia. Durante el engañoso y efímero reinado en México del emperador Maximiliano I, archiduque de Habsburgo (de 1864 a 1867), fusilado en Querétaro el 19 de junio de 1867, una jovencita tonadillera mexicana, Concha Méndez (1848-1911), que luego sería muy famosa, cantaba esta *habanera*, que ya se estaba haciendo célebre en el país. La esposa del emperador, la emperatriz Carlota, quedó prendada de la canción desde la primera ocasión en que la escuchó, y tal llegó a ser su predilección por ella, que en todas las fiestas de palacio le pedía a la cantante que la interpretara. Concha Méndez gozó de los favores de la emperatriz, de quien recibió el regalo de una valiosa pulsera con sus

iniciales grabadas. El pueblo mexicano, conocedor del gusto de Carlota por *La Paloma*, para escarnecerla cambiaba la letra de dos de sus versos de este modo: “Si a tu ventana llega un burro flaco, trátalo con cariño que es tu retrato”. Tras el fusilamiento de Maximiliano y, habiendo triunfado la revolución juarista, se celebró en el Teatro Nacional una función, en la que intervenía Concha Méndez, y el público le solicitó que cantara *La Paloma* con el texto burlón, a lo que la cantante se negó por respeto a la ex emperatriz, que tan bien se había portado con ella y que languidecía con la razón perdida en Europa, y a su esposo recientemente ajusticiado.

Cuando William Dieterle rodó la excelente película *Juárez* (1939), los guionistas conocían sobradamente esta historia, por lo que incluyeron un par de momentos con importante alusión a *La Paloma*. Y por eso Erich Wolfgang Korngold (1897-1957), al componer la música para la banda sonora de esta cinta, utilizó *La Paloma* como tema recurrente en tres ocasiones, asociándola al amor de Maximiliano y Carlota. La primera vez suena de forma orquestal, y es escuchada por la pareja imperial en la escena de la terraza de palacio, al atardecer, cuando ambos sueñan con un futuro triunfal. Ella (Bette Davis) interrumpe a su marido (Brian Aherne). “Escucha...”, le dice. “¡Bonita música!”, comenta él. “La paloma. Es una canción de amor: La melodía más bonita que hay”, contesta ella. “¿Conoces la letra?”, pregunta el emperador. “Sí,

Maxi, es una conocida habanera. Aquí la canta todo el mundo”, explica Carlota. Y mientras sigue sonando la música, ella va recitando la estrofa más famosa de la canción. La segunda vez reaparece *La Paloma* como fondo orquestal en la despedida de Maximiliano y Carlota, cuando ella emprende el viaje a París para tratar de disuadir a Napoleón III de la retirada del ejército francés de México. Ya no volverán a verse. Y la tercera vez que va a sonar *La Paloma* es a petición del emperador, como última gracia antes de ser ejecutado, en recuerdo de su amada esposa. Ahora la escuchamos cantada por una mujer, con voz de contralto, vestida de mexicana, que muy bien podría representar a la antes citada Concha Méndez. La canción sirve de enlace con la imagen de una Carlota postrada y enajenada.

Numerosas canciones de Iradier tuvieron una vida fugaz, algunas alcanzaron la madurez y luego se marchitaron, pero *La Paloma*, tras siglo y medio desde su nacimiento, sigue joven y lozana, no ha perdido su capacidad de vuelo y continúa cantándose, tanto por artistas profesionales como por personas ajenas al mundo de la música. No es raro que en reuniones familiares o de amigos, cuando la alegría invita a cantar, surja aquello de “si a tu ventana llega una paloma...”, que todos parecen conocer.

CATÁLOGO DE OBRAS

Orquesta escénicas

Por las razones que fueren, Iradier no se sintió inclinado a la composición de música para el teatro, como lo demuestra su escasísima contribución a este género. Veamos en qué consistió:

- *El ventorrillo de Crespo*. Zarzuela en un acto, con texto de Tomás Rodríguez Rubí, y música de Basilio Basili, estrenada en el Teatro de la Cruz de Madrid, el 15 de julio de 1841. En ella se intercalaban el polo *Yo que soy contrabandista* de Manuel García, y la canción *El charrán* de Sebastián Iradier.

- *El mesón en Nochebuena*. Zarzuela en un acto, con texto de autor desconocido, y música de Iradier, estrenada en el Teatro de la Cruz de Madrid, el 24 de diciembre de 1843. Contenía un coro, un terceto, y las canciones *La naranjera* y *El matón* del propio Iradier.

- *La pradera del Canal*. Zarzuela en un acto, con texto de Agustín Azcona, y música de Sebastián Iradier, Cristóbal Oudrid y Luis de Cepeda, estrenada en el

Teatro de la Cruz de Madrid, el 11 de marzo de 1847. De los ocho números musicales que contiene la obra, cinco son de Iradier: el coro inicial, la canción torera, una jota, la canción de Rita y el terceto.

- *La perla del Genil*. Loa dedicada a Eugenia de Montijo, reciente emperatriz de Francia por su matrimonio con Napoleón III, con texto de Tomás Rodríguez Rubí, y música de Iradier, estrenada en la quinta de la condesa viuda de Montijo de Carabanchel, Madrid, en 1853.

Se suele citar otras dos obras escénicas. Una, *Las ventas de Cárdenas*, que no es una zarzuela, sino un sainete de Tomás Rodríguez Rubí, en el que se intercalaron cinco números de Iradier, y otra, *El mayoral de diligencias*, de la que no poseemos dato alguno.

Canciones

Es en este género donde Iradier encontró su auténtico camino y alcanzó amplia fama. Estaba dotado de gran facilidad para improvisar al piano y a la guitarra, poseía gran imaginación para crear melodías y se movía a gusto en cualquier clase de ritmo. Aprendió pronto a conocer los gustos del público,

tanto del plebeyo como del aristocrático, atraído éste siempre por lo popular, y supo darle lo que le pedía. Poseía una gran intuición para elegir los temas de sus canciones, dotadas de cierto gracejo y picardía en numerosos casos, y que en su gran mayoría eran un muestrario de tipos de su época. Basta con leer los títulos de sus canciones para comprobarlo. En esto parecía enlazar con la pasada tonadilla y apuntar hacia el futuro género chico. Iradier carecía de una profunda formación musical, que le habría permitido abordar composiciones de una mayor envergadura, por eso se desenvolvía tan cómodamente en este género sencillo, y precisamente esta sencillez le dio tanta popularidad. Porque sus canciones, en general, eran de fácil asimilación, asequibles a cantantes aficionados y a cualquiera que tuviese un buen oído, con un acompañamiento pianístico nada complicado, y se acercaban a lo que hoy llamaríamos *música ligera*. Sus fuentes de inspiración no eran siempre originales y se apropiaba a veces de temas musicales ya existentes, que él reelaboraba a su conveniencia. Ciertas canciones requerían de los intérpretes una capacidad teatral, porque tenían el sentido de brevísimas representaciones escénicas, en las que se intercalaban ocasionalmente frases habladas, estando compuestas algunas de ellas en forma de dúo, y otras se cantaban y bailaban. Las canciones de Iradier se interpretaron en salones

aristocráticos y de gente pudiente, en intermedios y finales de funciones y recitales líricos, en cafés-cantantes, y llegaron hasta las casas de pequeños burgueses, donde había un piano y las niñas casaderas lucían sus habilidades canoras, y se publicaron por editoriales como la casa Rolandi de Londres, la Schonenberger y la Heugel de París, y la Shott-Söhne en Alemania, con traducción de los textos al francés y al italiano. Si estas prestigiosas casas de música extranjeras se interesaron por las obras del compositor vasco, fue por la enorme popularidad de que gozaban. No olvidemos que algunas de estas canciones eran interpretadas por cantantes de fama como la Viardot, las hermanas Patti, la Bosio, la Alboni, la Damoreau, la Marchisio, la Carvalho, la Nantier-Didiée, Ronconi, Salas...

El catálogo de las canciones de Iradier sobrepasa el centenar y medio de títulos, como se puede comprobar en la lista que ofrecemos a continuación. Por él circulan *canciones españolas, andaluzas, madrileñas, boleras, habaneras, moriscas, jotas, y romanzas de salón*. En cuanto a los autores de los textos, en numerosos casos no sabemos quiénes fueron, lo que explica tanto espacio en blanco, aunque en algunas letras parece apreciarse un origen de coplas y romanceros populares, con posible adaptación del propio Iradier.

Canciones

Agua va!

Alza puñalá

Amor es un capricho

Aurora o El jaleo de Jerez

Aurora la gitana de Sevilla

Ay, chiquita

Boleras sevillanas

Broma y jaleo

Café caliente

Canción del molino

Canción satírica, de El diablo cojuelo

Carmela

Castillos en el aire

Coro de monjas

Efectos de la amabilidad

El arco iris o Los once colores políticos

El arreglito

El banderillero

El borracho

Juan del Peral

B. J. Bouigny

Sebastián Iradier

José Zorrilla

José Zorrilla

Prado Castellanos (Bolero del olé)

Francisco Luis de Retes

Sebastián Iradier

Sebastián Iradier

Sebastián Iradier

Agustín Azcona



El canto

El carbón de piedra

El carpintero

El cataplúm

El charrán

El chiclanero

El chin, chin, chan

El chulo

El contrabandista

El curro marinero

El delirio

El empalagao

El estudiante de Tuna

El goloso

El jaque

El Juanelo de Sevilla

El jubileo

El londito

El macareno

El matón

M.Alcayde

Sebastián Iradier

Tomás Rodríguez Rubí

Sebastián Iradier

Cataldi

Miguel Agustín Príncipe

M.Alcayde

Ramón de Campoamor

Manuel Azcutia

El melonero
El miriñaque
El molino
El naranjero de Cádiz
El naranjero
El patatús
El primor
El recuerdo
El quesonero
El sapiluse
El sereno de Sevilla
El sol de Sevilla
El sol de Triana o La Rosilla
El suspiro
El torero
El tormento
El vestido azul
Él y ella
El zapateado
Galop de las panderetas

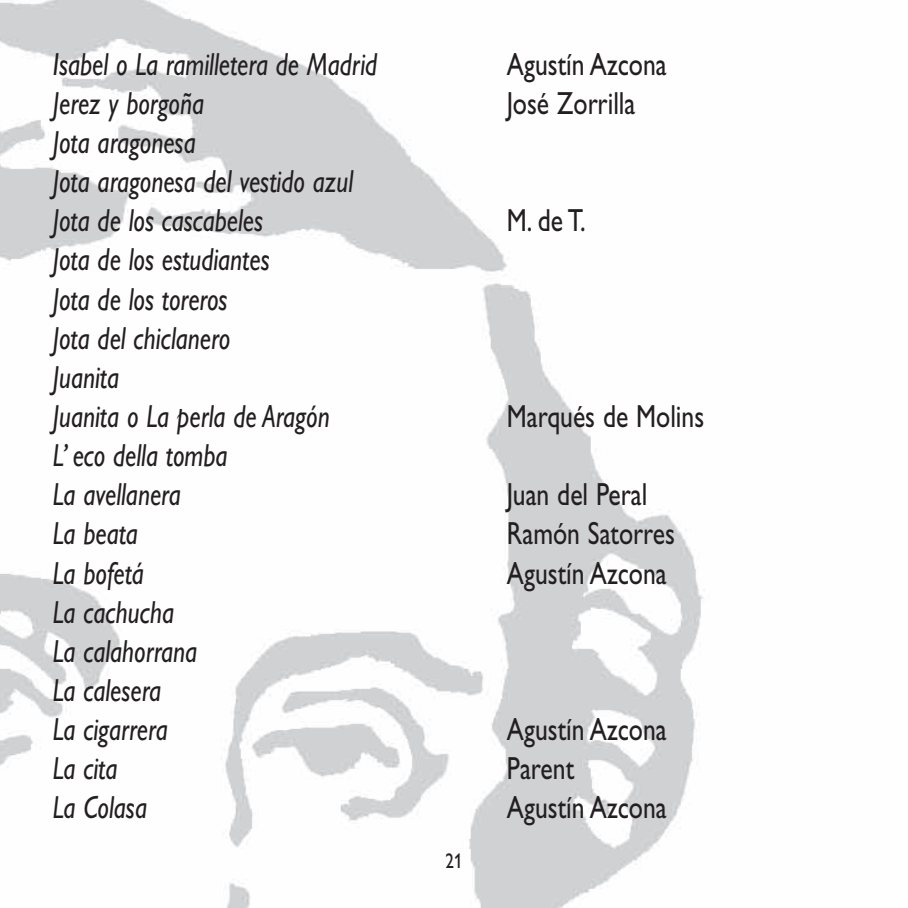
José María Gutiérrez de Alba
Sebastián Iradier
José Zorrilla
Wenceslao Ayguals de Izco
Tomás Rodríguez Rubí

Tomás Rodríguez Rubí
B. J. Bouligny
José María Gutiérrez de Alba

Manuel Rodríguez
Sebastián Iradier

Tomás Rodríguez Rubí
M. Belate
Marqués de Molins
Miguel Agustín Príncipe

Ramón de Campoamor



Isabel o La ramilletera de Madrid
Jerez y borgoña
Jota aragonesa
Jota aragonesa del vestido azul
Jota de los cascabeles
Jota de los estudiantes
Jota de los toreros
Jota del chichlanero
Juanita
Juanita o La perla de Aragón
L'eco della tomba
La avellanera
La beata
La bofetá
La cachucha
La calahorrana
La calesera
La cigarrera
La cita
La Colasa

Agustín Azcona
José Zorrilla

M. de T.

Marqués de Molins

Juan del Peral
Ramón Satorres
Agustín Azcona

Agustín Azcona
Parent
Agustín Azcona

La coqueta

La declaración

La esperanza

La estudiantina

La flor de la canela

La inocencia

La gitana o La buenaventura

La lágrima

La liga de Juana

La Macarena

La macarenita

La manola

La mantilla de tira

La mejicana

La molinera

La mononita

La morena

La naranjera

La negrita

La paloma

Tomás Rodríguez Rubí

Juan del Peral

Tomás Rodríguez Rubí

J. B. Sandoval

Ramón de Campoamor

José María Gutiérrez de Alba

Sebastián Iradier

Sebastián Iradier

La palpitación

La pamplinera

La Pepa

La perla de Andalucía

La Perla de Triana

La poderosa

La pollería

La purificación de la canela

La riña del calesero

La Rita

La rondeña

La rosa española

La rubia de los lunares

La sal

La serenata

La serrana

La sevillana

La soledad de los barquillos y La malagueña

La Tana

La tierra e María Santísima

Wenceslao Ayguals de Yzco

Sebastián Iradier

J. L. Clavero

Sebastián Iradier

Agustín Azcona

Agustín Azcona

Sebastián Iradier

José María Gutiérrez de Alba

José Sanz Pérez

M. Eulate

La valenciana de máscara

Las amonestaciones

Las calabazas

Las caleseras o El calesero andaluz

Las fatigas

Las máscaras

Las ventas de Cárdenas

Lola

Los baños de Carracaca

Los caracoles

Los mareos de Juana

Los ojos negros

Los pollos

Los toros del puerto

Luisa la capitana

María Dolores

Mi artillero

Ni amor ni olvido

No quiero amores

Pelar la pava

Antonio García Gutiérrez

Sebastián Iradier

Tomás Rodríguez Rubí

Tomás Rodríguez Rubí

Juan del Peral

Tomás Rodríguez Rubí

Tomás Rodríguez Rubí

J. B. Sandoval

Antonio García Gutiérrez

Wenceslao Ayguals de Yzco

Luis González Bravo

Sebastián Iradier

Manuel Rodríguez

Juan del Peral

J. Grijalva



Pobre ciego

Poca o ninguna distancia

¡Que me najo! Quién se viene

¡Qué será!

¡¡Quiá!!

Rondeño

Sapituse

Seguidillas del picaporte y Boleras del ja, ja

Serenata

Si será amor

Tu amor o la muerte

Un adiós

Una declaración a quemarropa

Una ingrata

Una rosa

Una rosa y unas calabazas

Vals del dios Baco

Juan del Peral

B. J. Bouligny

Julián Sáiz Cortés

Juan del Peral

Cayetano de Suricalday

Sebastián Iradier

José Zorrilla

